

Pelluchon, Corine, *Manifiesto animalista. Politizar la causa animal*. Barcelona, Reservoir Books, 2018, 160 pp. ISBN: 978-84-17125-26-4.

*Manifiesto animalista* es un breve ensayo de poco más de un centenar de páginas en el que la pensadora francesa Corine Pelluchon realiza un vigoroso alegato a favor de conducir la causa de la defensa de los derechos de los animales al plano de la acción política.

Pelluchon es escritora, profesora y doctora en filosofía práctica en la Universidad de Franche-Comté (Besançon-Francia), especialista en filosofía política y moral, ética aplicada y bioética.

En *Manifiesto animalista* sostiene que politizar la causa animalista es un cometido urgente, habida cuenta de los graves desafíos a los que se enfrenta el planeta y la humanidad con motivo del cambio climático y la crisis demográfica en ciernes.

Organizado en tres partes, el libro comienza con una exposición de la causa animal en nuestros días e introduce, en la primera de ellas, una sugestiva expresión: «la edad de lo viviente», para referirse a un tiempo nuevo en el que ya estamos entrando, que se caracteriza por un cambio profundo, basado en el respeto y la alteridad, en las relaciones de coexistencia e interdependencia de nuestra especie con otros seres vivos. En la segunda parte expone las razones que justifican la politización de la cuestión animal esforzándose en clarificar en qué sentido debe entenderse a los animales como «sujetos políticos» aunque no como «ciudadanos». En este punto recupera la expresión –acuñada por Jennifer Wolch en 1998– «zoópolis» para designar una ética ambiental urbana que pone el acento en la comunidad mixta formada por humanos y no humanos. Finalmente, Pelluchon desgrana una serie de iniciativas políticas concretas que, a su juicio, pueden concitar un amplio consenso.

Se trata de una lectura recomendable para cualquier persona –afín al ‘animalismo’ o no– interesada en conocer los nuevos movimientos sociales que, en el contexto de múltiples crisis de dimensión global (climática, demográfica, tecnológica, ...), se esfuerzan por conquistar terreno en el espacio público haciendo valer perspectivas morales, culturales y políticas (relativamente) novedosas.

Un aspecto de la obra en el que me parece oportuno detenerme es cómo, en mi opinión, la autora articula en su discurso distintas corrientes históricas de pensamiento, filosóficas y políticas; algunas de manera explícita y otras de modo implícito, según mi interpretación.

Por ejemplo, es evidente su vinculación al ‘ecologismo’, movimiento social que reivindica el cuidado y protección del medio ambiente y de las especies animales y vegetales que habitan el planeta. En este caso el movimiento animalista es una evolución y una corriente específica enfocada a la defensa de los derechos de los animales, a los que previamente se ha transformado en sujetos políticos.

Más allá, resulta llamativa –y muy interesante en un sentido tanto ontológico, como político– el argumento que sostiene la equivalencia de la lucha por la igualdad

de los seres humanos (frente a la esclavitud, las desigualdades de clase o la discriminación de la mujer) y el 'antiespecismo', expresión con la que se refiere al combate que el animalismo libra contra la ideología que propugna la superioridad de la especie humana sobre otros seres vivos.

Así, la lucha contra el 'especismo' es, según la autora, la continuación lógica de las luchas contra el racismo, el clasismo y el sexismo machista, ubicando así al 'animalismo' en la estela de los grandes movimientos ilustrados, humanizadores y democratizadores de las relaciones sociales acontecidos desde el siglo XVIII a nuestros días.

Si el utilitarismo filosófico, la defensa de los derechos humanos y de los derechos subjetivos sitúan al 'animalismo' en la perspectiva del liberalismo progresista, la crítica al ultraliberalismo y al modo de explotación capitalista –junto con la defensa de la regulación de las prácticas económicas, la redistribución de la riqueza y el énfasis en la educación– parecen conectarlo con la tradición socialdemócrata.

No obstante, Pelluchon no parece estar interesada en asimilar el movimiento animalista a la clásica distinción entre 'izquierda y derecha' en el ámbito de la política. Más bien, se inclina por presentar al movimiento animalista como una opción política transversal en la línea de los nuevos y diversos movimientos ciudadanos emergentes a lo largo del siglo XXI.

Si bien la autora no hace referencia a ninguna religión como fuente de las ideas que defiende, a mi juicio cabe interpretar que en su discurso subyacen otras influencias destacables que, según creo, operan en la moral y el *ethos* animalista que propone Pelluchon. En parte opino que hay una influencia del cristianismo que se manifiesta a través del concepto de 'piedad' que la autora utiliza varias veces de forma explícita en el texto; pero, sobre todo, creo que se pueden apreciar las trazas de la actitud 'franciscana' hacia los animales.

En una entrevista publicada por el diario Público en enero de 2018, la filósofa francesa afirma categóricamente:

Hay un tema que me llama la atención y es el silencio abrumador de las religiones respecto a la cuestión animal. Cristianismo, judaísmo, islam... Tienen textos sagrados que hablan de los seres vivos, pero sus representantes nunca dicen nada<sup>1</sup>.

Efectivamente, las enseñanzas de Francisco de Asís (1181/2-1226) son claras en cuanto a cómo el cristianismo es capaz de incorporar una concepción 'fraterna' hacia la Naturaleza y los seres que la componen.

No sería correcto, sin embargo, atribuir la falta de sensibilidad hacia esta cuestión a la Iglesia Católica de nuestros días cuando, precisamente, el actual papa ha adoptado el nombre de 'Francisco' en memoria del fundador de la Orden Franciscana y, lo que es más importante, ha incorporado de forma explícita en su agenda pastoral la cuestión de las relaciones armoniosas entre las sociedades humanas y lo que él considera –desde su particular perspectiva religiosa, obviamente– el conjunto de la Creación.

<sup>1</sup> Queralt Castillo Cerezuela, «Manifiesto animalista. La relación entre humanos y animales no entiende de clases, ingresos ni estudios», entrevista a Corine Pelluchon, en *Público* (23/01/2018). <http://www.publico.es/sociedad/relacion-humanos-y-animales-no.html>

En la misma entrevista la autora se remonta a los siglos XVI y XVII para referirse a los pioneros en la lucha por los derechos humanos, antecedente para ella de la actual causa animalista. Sin embargo, cabría alegar que esa lucha comenzó mucho antes y puede reconocerse en el seno de las mismas religiones que ella cita, incluyendo además la causa a favor del respeto a otros seres vivos. La predicación franciscana original se ubica, sin ir más lejos, en los albores del siglo XIII y, como es sabido, en ella no sólo se pone en valor sólo a los animales, sino también a los seres humanos sufrientes a causa de la discriminación y la pobreza. Un buen ejemplo, por tanto, de cómo la vinculación entre derechos humanos y derechos animales tienen antecedentes mucho más lejanos y con fuerte arraigo en las religiones.

Otra fuente que me parece especialmente relevante y cuya influencia parece más clara en el *Manifiesto* de Pelluchon es el budismo. En concreto, cuando califica a los animales como «seres sintientes», y por su manera de expresar reiteradamente la importancia de la ‘compasión’ hacia todos los seres vivos, así como la fundamentación de esa actitud en el sufrimiento y la finitud que afectan tanto al ser humano como a los animales.

Otra traza de las enseñanzas budistas podemos deducirla de la tolerancia y sentido de proceso con la que la profesora francesa se manifiesta respecto a las personas que no entienden la causa animalista. Tampoco hace de la alimentación vegetariana, vegetalista o vegana un absoluto que haya que imponer a toda costa.

Sabemos que en los tiempos de la globalización y la Sociedad de la Información la filosofía y la moral budistas están penetrando profundamente en muchas sociedades –en Francia con especial dinamismo desde hace décadas– a menudo de manera bastante secularizada, es decir, despojadas de toda referencia mítica o religiosa. Lo podemos apreciar en la proliferación de comunidades budistas (zen y tibetanas, sobre todo), pero también en la psicoterapia, la literatura de autoayuda, el *management*, el *wellness*, las prácticas meditativas, la iconografía comercial y decorativa, etc. Ahora también parece proyectarse en los movimientos sociales y políticos a través de la moral, los estilos de vida y la agenda política del movimiento animalista.

Con estas observaciones quiero poner de relieve una hipótesis con la que contribuir al trabajo de investigación de los científicos sociales que nos ocupamos de las ideologías y prácticas mediadoras de nuestra época: se trata del carácter ‘sincrético’ de movimientos ciudadanos con vocación no sólo cultural sino también política, en los que convergen y se articulan préstamos tomados –o heredados según se quiera ver– de distintas filosofías, tanto políticas como religiosas.

Creo que es pertinente tomar estos fenómenos en consideración en el ámbito de las ciencias aplicadas al estudio de las religiones ya que la influencia de éstas parece persistir y adaptarse a las formas seculares de comunicación y organización que caracterizan la vida política de los países occidentales desarrollados. El budismo parece estar especialmente bien preparado para lograr este tipo de influencia, tanto por sus ‘modos hábiles’ como por su particular enfoque filosófico de la realidad y la existencia, significativo para que muchas personas que hoy experimentan con notable angustia sentimientos de vacío, transitoriedad, incertidumbre y riesgo (uno de ellos, en absoluto menor, es el asociado al calentamiento global provocado por la actividad humana).

El movimiento animalista puede ser, si estoy en lo cierto, una de esas expresiones sincréticas que, en el plano cultural, anuncian la llegada de transformaciones antropológicas de gran calado. No sería la única. Otras, como el ‘transhumanismo’, tam-

bién reflejan, según creo, el sincretismo al que me refiero. Cabe afirmar incluso que entre 'animalismo' y 'transhumanismo' pueden establecerse puntos de coincidencia notables, habida cuenta del papel que ambas corrientes confieren a los avances tecnológicos para lograr una relación más armoniosa con el planeta. Y también, digámoslo ya, por las resonancias que el budismo tiene en los discursos ontológicos y antropológicos que ambas corrientes producen.

Francisco Javier Malagón Terrón  
Universidad Complutense de Madrid